

Parcival

—¿Cuántas veces os tengo que derrotar para que me dejéis en paz? —preguntó Parcival, golpeando con el puño la mesa de su cocina, sobre la que estaban sus diminutos *invitados*, cuatro humanos y dos minotauros. El golpe los hizo botar tanto a ellos como a los utensilios de cocina que tenían a su alrededor. Un bol gigante a su derecha empezó a rodar, como a cámara lenta pero cada vez más rápido, hasta que volvió a quedarse quieto. Parcival, completamente ajeno al terror que sentían sus invitados, empezó a cortar lo que parecían ser unos arbustos—. Siempre vienen todos a atacarme, aunque yo no haya hecho nada malo a nadie.

—Pero si acabas de matar a unos cien mil... —empezó a decir uno de los pequeños humanos, pero Parcival le aplastó con la punta del dedo índice antes de que pudiese terminar.

—¡Eso ha sido porque habéis empezado vosotros! —rugió Parcival, sus tres ojos tan abiertos que parecía que se le iban a salir de las órbitas. Cuatro de los invitados se taparon los oídos a tiempo, pero el quinto, uno de los minotauros, no tuvo tanta suerte. Sus tímpanos estallaron, y cayó fulminado hacia atrás. Parcival se limpió los restos humanos de la punta del dedo con la parte delantera del delantal, y el otro minotauro se meó encima—. Es muy fácil. Si vosotros no venís a molestarme yo seguiré viviendo aquí tranquilamente, en mi pequeña cabaña, sin tener que matar a nadie más.

Para los prisioneros, esa *pequeña* cabaña era más grande que la mayoría de ciudades del continente.

—¿Por dónde iba...? —se preguntó Parcival a sí mismo, mirando de nuevo hacia la comida que estaba preparando—. Ah, sí, los huevos.

Cogió el gran cuenco que tenían los humanos a su derecha y, con una cuchara, empezó a batir el contenido con rapidez. Esa acción provocó una serie de sonidos tan estridentes que los invitados tuvieron que volver a cubrirse los oídos.

—Por cierto, ¿cómo os gusta la tortilla? —les preguntó Parcival, parando un segundo—. Yo la prefiero más bien cruda. Que quede como liquidita por dentro, ¿sabéis?

Los prisioneros se miraron unos a otros, confusos. Finalmente uno de los humanos avanzó un poco e hizo una reverencia.

—¡Oh, gran y poderoso gigante! —gritó—. Yo también la prefiero más bien cruda, gracias.

—¡Cruda pues! —exclamó Parcival, sonriendo. Se puso a batir de nuevo, ahora con más intensidad, y cuando terminó vertió ese océano amarillo en una sartén que tenía a su izquierda, sobre unas brasas—. ¿Cómo te llamas, pequeño humano? Y por cierto, llámame Parcival.

—Mi nombre es Sir Gwalchavad, oh gran Parcival —respondió el humano, golpeándose el pecho con el puño—. Caballero de la orden de caballería artúrica.

—¿Sir... Galchu... Guala... Galahad? —dijo Parcival, levantando la ceja del ojo central, lo que provocó que aparecieran arrugas desde la frente hasta el final de la calva. Tras unos segundos asintió e hizo una pequeña y torpe reverencia, que casi tumba la sartén en la que se estaban cocinando los huevos—. Encantado de conocerte, Sir Galahad, de la orden esa de caballos. Quizás tú podrás ayudarme a vivir tranquilo de una vez por todas.

—¿Pero qué hace, Sir Gwalchavad?! —exclamó el minotauro—. Ese monstruo acaba de pulverizar a Arturo como si nada, no hable con él.

—Cállate, Lamorak —le dijo, sin girarse hacia él. Parcival sí que le estaba mirando, y empezaba a ponerse rojo de rabia—. Discúlpele, oh poderoso Parcival. No es más que un estúpido y apestoso animal sin educación. Piense que cuando hemos de presentarnos ante el rey en sus jardines, siempre se pierde entre los setos, maldiciéndolos por laberínticos.

Parcival le aguantó la mirada unos segundos, pero finalmente se calmó y se giró para remover la tortilla.

—Por suerte para tu maleducado amigo me has caído bien, Galundat —dijo Parcival—. Dejaré pasar su soez desprecio.

—Se lo agradezco, oh piadoso Parcival —dijo Gwalchavad, haciendo otra reverencia.

Estuvieron unos minutos en silencio, durante los cuales el gigante empezó a tararear y bailotear mientras seguía removiendo la sartén. Volteó la tortilla en el aire un par de veces con asombrosa agilidad, y finalmente la depositó en un plato que había sobre la mesa. Había quedado redonda, gruesa y brillante. En definitiva, perfecta. El gigante cogió las hierbas que había cortado antes y, teatralizando un poco sus movimientos, las esparció por encima de la tortilla, dándole un toque de color.

—¡Menuda obra de arte! —exclamó Sir Gwalchavad, aplaudiendo. Les hizo un gesto a los demás con la cabeza, y también empezaron a aplaudir—. Una tortilla digna de reyes, si me permite el comentario.

—Te has ganado un trozo más grande, Grundilat —le dijo Parcival, sonriendo—. ¿Queréis algo para beber? Debéis estar exhaustos después de... bueno, lo de antes.

—En realidad la batalla no ha durado ni cinco minutos —dijo otro de los humanos, acercándose a la gigantesca tortilla y oliéndola. Luego se colocó al lado de Gwalchavad e hizo una pequeña reverencia—. Sir Gareth, oh gran Parcival, caballero de la misma orden de caballería que Sir Gwalchavad y cocinero en mi tiempo libre. Para servirle.

—¡Oh, un cocinero! Espero estar a la altura —dijo Parcival.

—Sir Bors, caballero también de la misma orden —dijo el último humano—. A su servicio.

Parcival no era capaz de diferenciarlos, ya que todos llevaban exactamente la misma armadura. Excepto el minotauro, claro, por el pelo y los cuernos, y el olor a pis. Cogió lo que parecía ser un gran cuchillo, o más bien una enorme hoja metálica incrustada en el tronco de un árbol, y empezó a cortar la tortilla en trozos minúsculos, que para sus invitados eran gigantes. Los fue dejando sobre la mesa, delante de ellos.

—Lo siento, caballeros, no tengo cubiertos de vuestro tamaño —les dijo—. Lo que sí tengo es un cáliz con el que creo que podréis beber.

El gigante dejó el “cuchillo” y se dirigió hacia un gran mueble que colgaba en la pared detrás suyo. Dentro había una decena de vasos y jarras de madera mal puestos.

—¿Dónde lo habré puesto? —dijo Parcival, apartando los vasos de mala manera y tirando algunos al suelo—. Estaba por aquí...

Finalmente encontró lo que buscaba, un cáliz dorado, incrustado de gemas de todos los colores, que emitía una especie de aura amarilla a su alrededor. Cogíendolo con toda la delicadeza con la que un gigante puede coger una copa hecha para un humano, Parcival lo dejó delante de sus invitados.

Sir Gwalchavad fue el primero en quitarse el casco, dejando expuesta una corta y rizada melena rubia, y se acercó, boquiabierto.

—¿Es... eso es lo que creo que es? —preguntó uno de los caballeros. Sir Gareth, seguramente, aunque Parcival no estaba seguro—.

—El Santo Gr... —empezó a decir otro de los caballeros, Sir Bors posiblemente, quitándose el casco y dejando a la vista una brillante calva—.

—Muchas gracias por su consideración, Parcival —le cortó Sir Gwalchavad, cogiendo el cáliz dorado rápidamente—.

Parcival les acercó una especie de cuenco, que les llegaba por la cintura, lleno de un líquido rojo. Sir Gwalchavad llenó el cáliz con ese líquido, echó un trago y al instante abrió los ojos como platos.

—¡Vino! ¡Es vino! Y además excelente —exclamó el caballero—.

Los demás, al oír la palabra “vino”, se abalanzaron hacia el cuenco y empezaron a beber llevándose el líquido a la boca con las manos.

—¡Increíble! —exclamó Sir Lamorak, el minotauro, mientras casi caía dentro del cuenco del ansia con la que bebía—.

—Comed y bebed cuanto queráis —dijo Parcival, sentándose también y atacando la tortilla con una cuchara—. Sois, al fin y al cabo, mis primeros invitados. No me gustaría que os fuerais insatisfechos.

—¿Nos va a dejar ir? —preguntó Sir Gwalchavad, que aún no había soltado el cáliz—.

—Pues claro, Gachobal —respondió Parcival, llevándose otra cucharada de sopa de huevo a la boca—. ¿Cómo vais a ayudarme si no?

—La tortilla está deliciosa, por cierto —dijo Sir Gareth sin prestar atención a la conversación—.

Parcival asintió a modo de respuesta, aunque Sir Gareth estaba tan concentrado con la comida que no se dio cuenta.

—¿En qué le puede ayudar alguien tan insignificante como nosotros, oh poderoso Parcival? —le preguntó Sir Gwalchavad, echando un trago del vino que tenía en la brillante copa.

—Quiero que termine ya este eterno ciclo de ataques y muerte —dijo Parcival—. No me gusta matar, quiero dejar de matar, llevo demasiados años haciéndolo obligado por vuestros constantes ataques. Sólo quiero vivir tranquilo aquí, en mi humilde cabaña.

—¿Y cómo propone que hagamos eso? —preguntó Sir Gwalchavad—. Hace decenas de años que este mundo funciona alrededor de la idea de derrotar al gran gigante.

—Siglos, de hecho —puntualizó Sir Bors, que había tenido que apartarse del cuenco de vino debido a que Sir Lamorak se estaba literalmente bañando en él—.

—Siglos —repitió Sir Gwalchavad, asintiendo—. Tras años de guerras y sufrimiento, todas las naciones hicieron las paces ante la aparición de un enorme e invencible *enemigo* común —dijo, señalando tímidamente hacia Parcival—. Sin ánimo de ofender, claro.

—Conozco la historia —dijo Parcival—, lo que no entiendo es qué hice yo para ganarme este funesto destino. ¿Es justo que por el simple hecho de haber nacido así merezca ser odiado por literalmente todo el mundo?

—Ahora que lo menciona... ¿Cómo nació usted exactamente? —preguntó Sir Gareth, que justo había dejado un gran trozo de tortilla de lado—. No existen otros gigantes, ¿no?

—No quiero hablar del tema —respondió Parcival con sequedad—. A lo que íbamos, tenéis que convencer a todos de que no soy malo. Decidles que os he cocinado una tortilla o algo así. Eso es bueno, ¿no? A todo el mundo le gusta la tortilla.

Sir Gwalchavad miró al minotauro que yacía muerto detrás suyo, y luego al lugar en el que hacía unos minutos había estado Arturo, dónde ahora solo quedaba un gran charco de sangre adornado con algunos trozos de metal retorcidos. Finalmente volvió a mirar hacia Parcival, que le observaba, impaciente.

—Si me permite serle sincero, oh gran Parcival, no creo que sea suficiente para convencerlos —le dijo—. Hará falta algo más para que todos renuncien a esta “gran misión” que, según nos han dicho toda la vida, “el destino nos ha encomendado”.

—¿Encima de que empezáis vosotros, tengo que ser yo el que piense la solución? —preguntó Parcival, cruzándose de brazos—.

—Me temo que es la única manera —dijo Sir Gwalchavad—. Dudo mucho que ellos renuncien a esto por voluntad propia.

—¿Es que no les importa seguir perdiendo cientos de miles de vidas cada quince o veinte años por algo tan estúpido como el destino?! —preguntó Parcival, golpeando la mesa de nuevo con el puño, lo que les hizo botar a todos y tumbó el cuenco lleno de vino en el que estaba Sir Lamorak, probablemente salvándole la vida—.

—Me temo que no —dijo Sir Gwalchavad, levantándose—, no les importa seguir sacrificando ejércitos en esta misión, porque...

—Porque en realidad ellos nunca se arriesgan —acabó la frase Sir Gareth—. Contemplan cada batalla desde los cómodos sillones en sus castillos mientras nosotros nos lanzamos de cabeza hacia una muerte segura, y ellos se llevan toda la gloria.

—Pero eso... también es muy injusto, ¿no? —dijo Parcival—. ¿Por qué hacéis lo que os ordenan si ellos no predicán con el ejemplo?

—Pues porque son nuestros líderes, y hemos jurado dar nuestras vidas por ellos —dijo Sir Bors—.

—Para protegerlos, sí, ¿pero también para cumplir sus estúpidos caprichos? —le preguntó Parcival—.

—¡No le eshcuchéish! —exclamó Sir Lamorak, que aún no había conseguido levantarse del suelo de lo borracho que iba—. ¡Sholo intenta confundirnosh! Nueshtro querido rey, Enrique VIII el Fiel, nunca nosh mentiría.

—¿Puedo aplastarlo ya? —preguntó Parcival, alargando el brazo hacia el minotauro—.

—¡No! Por favor, perdónelo —suplicó Sir Gwalchavad—. Además, Sir Lamorak tiene una gran influencia en la corte, lo va a necesitar si quiere conseguir lo que se propone.

—Eso ya me da igual —dijo Parcival—.

—¿Cómo que le da igual? —preguntó Sir Gareth—.

—Me ha quedado muy claro cómo funciona vuestro mundo —dijo Parcival—, y también que todas esas pobres almas que he matado a lo largo de mi vida vivían tan oprimidas como yo, o más aún. Si queremos que todo esto cambie, la única opción posible es cortar el problema de raíz.

Sin decir nada más, Parcival se levantó de su silla y, uno por uno y con mucho cuidado, fue recogiendo a sus invitados y dejándolos en su hombro izquierdo. También a Sir Lamorak, aunque apestaba tanto que le molestaba incluso a él.

Salió de su pequeña cabaña sin coger nada más, ni siquiera provisiones, y dejando la tortilla a medio comer. Delante suyo se extendía un vasto páramo cubierto por los cadáveres de cien mil humanos, minotauros, centauros y lo que fuese que había venido a matarle hacía solo un par de horas. Todos ellos víctimas del mismo sistema que Parcival iba a destruir.

—¿Qué va a hacer, Parcival? —le preguntó Sir Gwalchavad—.

—Arreglar el mundo —respondió, con la mirada fija hacia el horizonte, por donde empezaba a salir el Sol—. Soy el único que tiene el poder necesario para hacerlo, sería muy irresponsable por mi parte no aprovecharlo.

—¿Pero no ha dicho que no le gustaba matar? —le preguntó Sir Gwalchavad—.

—Y no me gusta, pero me temo que es la única manera, Goraldwald —respondió Parcival, sonriendo—.

Al este, muy a lo lejos, se alzaba la ciudad más cercana: Londos, capital del reino humano. Parcival fijó su rumbo hacia allí.

—Genial, Sir Gwalchavad —dijo Sir Lamorak. El minotauro era el único de los cuatro que no conseguía mantenerse en pie en el hombro de Parcival mientras este caminaba—. Ha convertido a un pacífico gigante en un monstruo vengativo que va a arrasarlo mundo, empezando por nuestro hogar.

Sir Gwalchavad lo miró y, sin pensarlo dos veces, le dio una patada que le hizo precipitarse hacia el suelo. O hacia el abismo, si lo mirabas desde esa altitud.

—Mucho mejor, gracias —dijo Parcival, sonriendo—. Ahora vamos a salvar el mundo.